

ECOS y LECTURAS DE JOAQUÍN COSTA

CONFERENCIA LEIDA EN LA
SOCIEDAD MALAGUEÑA DE
CIENCIAS, LA NOCHE DEL 27
DE FEBRERO DE 1913, POR
FRANCISCO RUIZ GUTIERREZ



MÁLAGA: IMPRENTA IBÉRICA
NUEVA, 31 AL 35. TELÉFONO NÚMERO 230

4805

SM 5/345

ECOS y LECTURAS de
JOAQUÍN COSTA

ECOS y LECTURAS DE JOAQUÍN COSTA



CONFERENCIA LEIDA EN LA
SOCIEDAD MALAGUEÑA DE
CIENCIAS, LA NOCHE DEL 27
DE FEBRERO DE 1913, POR
FRANCISCO RUIZ GUTIERREZ



: MÁLAGA: IMPRENTA IBÉRICA :
NUEVA, 31 AL 35.-TELÉFONO NÚMERO 230



ECOS Y LECTURAS

DE

JOAQUÍN COSTA

Señores: Salud y benevolencia.

Gustamos, los meridionales principalmente, de sensaciones rápidas, momentáneas, aunque intensas, fugaces; nos enerva y asusta la sutileza constante, la gota invariable y tenaz, siquiera, al cabo, horade la piedra; preferimos el torrente que destruye y grita á la mansa corriente que fecunda y calla; seducidos por el fulgor del relámpago que nos deslumbra y ciega, abandonamos la modesta linterna que nos alumbrá y guía.

Será temperamento, será ambiente, será étnica, pero es lo cierto que necesitamos se nos dé la belleza en un instante. No somos pensadores—en términos generales—somos malos estudiantes, somos regulares lectores; por contra, es España *omnibus oratoris*, y no exigiéndonos otro esfuerzo que el de escuchar un breve rato, sentados y junto á otros, nos deleita la oratoria.

He aquí la razón, un tanto hiperbólica pero verdadera, de las lecturas que inauguramos esta noche. Muy pocos son entre nosotros los que tienen la constancia de leer y

menos aún la de estudiar, y es muy fácil en cambio encontrar auditorio benévolo y atento: y como el propósito es divulgar, ya que no con la eficacia del estudio, por que su lentitud nos desespera, procurémoslo con la amenidad y rapidez de la lectura.

A mas de esto; leyendo en público las obras de los grandes hombres, labradores de la Humanidad, les ofrendamos admiración y recuerdo y cumplimos el deber de los que son para los que fueron. Y si á ello se agrega la esperanza, casi la confianza en que estas sesiones sean como pequeña piedra lanzada en el lago intelectual de los que escuchan, en cuya masa líquida ha de engendrar onda de conocimiento que con buena voluntad se irá ensanchando sucesivamente, quedarán justificadas por completo estas lecturas sin más preámbulo que invitaros rendidamente á que sea vuestro oído trasmisor del sentimiento que avive al espíritu, si llega á emocionarse, para proseguir individualmente la tarea que aquí comienza. Continuada vosotros, más íntima y completa, cada cual dentro de sus predilecciones y educación.

Hemos creído conveniente y hasta indispensable, precederlas ya de notas biográficas, ya simplemente de notas anecdóticas del autor leído, que de alguna manera y aún siendo en bosquejo y á grandes rasgos, nos den algo de su relieve moral é intelectual y nos sirvan de ejemplo en la mayoría de los casos, y siempre, para deducir del camino vivido por aquellos el que debemos vivir cuantos ansiamos acercarnos lo más posible á la verdad.

Esto es lo que hemos llamado «Ecos» para que no equivoque la expresión ni resulte estrecha la medida, cuya sonoridad, en muchos casos, alterará la pluma refractora, pero si estais atentos más á la intensidad que á la armonía, también de seguro, que los escuchareis con gusto.

Los muy breves que vais á oirme, de la vida de Joaquín Costa, aún que algo más que simples anécdotas, no alcanzan á merecer el calificativo de biografía que, como ha dicho su hermano D. Tomás está por escribir y precisaría un abultado volúmen, requiriendo inmensa competencia y no menos intensa labor realizada en las propias fuentes en que aquel hombre bebiera la constancia de su vida y sacrificios.

Para que no os llameis á engaño, descontad que este trabajo es de mera recopilación, un tanto penosa, pero sin más mérito que el fervor rendido en holocausto del que tanto lloró sobre su patria, que no tiene precedente humano, por que solo Jesús, hijo de Dios, supo sentir ante la ruina inminente de Jerusalem aquella sublime amargura que condensó el Evangelista en el divino lamento *Flevit super iherusalem*.

Y despues de esta sinceridad, esponja de otras faltas, escuchad lo que he recogido de Costa sabio, de Costa ciudadano y de Costa orador.

COSTA SABIO

Este aspecto de Costa, desde obrero intelectual hasta patricio del saber, es el de más difícil compendio.

Discípulo predilecto cuando niño por su clara inteligencia, fué su maestro primario la causa de su profesión estudiantil, que acaso no encajaba en los deseos ni en los medios de sus padres y ya estudiante decidido, alcanzó en rápida y brillante marcha los títulos de Bachiller, Maestro Elemental, Maestro Superior, Agrimensor, Licenciado y Doctor en Derecho Civil y Canónico y Licenciado y Doctor en Filosofía y Letras: no llegó á poseer el título de Arquitecto, pero aunque no de oficio, de hecho cursó

también esta carrera practicada y empezada desde peón de albañil, en cuyos trabajos hubo de dislocarse un brazo, hasta maestro de obras que lo mismo levantaba difíciles planos de importantes edificios que se encaramaba en peligroso andamio para colocar el sillar de cerramiento.

Antes de completar este portentoso ciclo, comenzó á dar frutos su inteligencia, siendo el primero de ellos su «Discurso sobre pedagogía», en la inauguración del Ateneo Oscense, cuando apenas contaba veinte años, causando la admiración de sus oyentes.

A los veintinueve años fué pensionado para estudiar la Exposición Universal de París de 1867 condensando sus observaciones en el primer libro producto de su pluma «Ideas apuntadas en la Exposición Universal de París de 1867» que dedicó al más grande de sus amores, á la Agricultura, madre de su pueblo. Entonces Costa introdujo en España el ciclismo; y es curiosa, y más que curiosa ejemplar, la manera como lo hizo: casi clandestinamente fué obteniendo croquis del mecanismo de un biclo presentado en la Exposición; los enviaba con notas explicativas á sus paisanos, y solo con esto, pudo construirse en Huesca, aun antes de la pública apertura de aquel certamen, un aparato parecido, aunque tosco, primero que corrió por tierras ibéricas y que se conserva como legítima curiosidad en el taller en que se construyera.

En 1872 fué Licenciado, con premio extraordinario, en Derecho Civil y Canónico: en 1873 se licenció y doctoró en Filosofía y Letras, con nota de Sobresaliente en ambos ejercicios, y en el propio año concursó el premio del Doctorado en Derecho presentando su obra «La Vida del Derecho». El tribunal que juzgó este concurso, compuesto de los señores D. José Moreno Nieto, D. Francisco Pisa Pajares, D. Augusto Comas, D. Luís Silvela, D. Francisco

Giner de los Ríos, D. Gumersindo Azcárate y D. Jacinto Mesía, acordó publicar en el Boletín de la Universidad Central su fallo, que decía:

1.º Se concede el premio, por unanimidad, á la Memoria de D. Joaquín Costa Martínez.

2.º Se clasifican á los restantes opositores, por orden de mérito en esta forma.... y

3.º Se señala día y hora para la lectura pública por su autor del trabajo premiado.

A esta altura llegó Costa como estudiante, con razón se ha dicho que no tuvo otro émulo que Menéndez Pelayo y que aún este lo fué en espera de más corto radio. A partir de este instante, su labor posterior ha sido ciclópea, por que energías de cíclope se necesitan para resistir el esfuerzo intelectual que acusa. Es tan múltiple y simultánea que cuesta gran trabajo referirla cronológicamente; hay que presentarla en borrón y á veces esfumarla para que resalten otros rasgos, genialidades insilenciables de aquel hombre, que aquilatan su voluntad productora. Enjuiciar, vosotros, sobre ella.

En 1874 fué profesor supernumerario, por oposición en la Universidad Central, desempeñando la Cátedra de Legislación comparada. En 1875 hizo oposiciones á la Cátedra de Derecho Político y Administrativo de la Universidad de Valencia y á la de Historia de España de la Universidad Central: propuesto en terna para ambas, y figurando con el primer lugar en una de ellas, llegó á su noticia que un pariente suyo, sacerdote influyentísimo, disponiase á auxiliarlo con la presión de sus amistades. Costa, ante la sola sospecha de que tal cosa hubiera sucedido, dirigió al Presidente del Tribunal de las oposiciones, D. Eduardo Saavedra, respetuosa comunicación renunciando á los derechos que pudieran corresponderle por sus ejercicios, "*pues antes, decía, que tomar posesión de una*

cátedra que pudiera pertenecerme en mal llamado derecho, me creo incapacitado moralmente para merecerla por haber intervenido, contra mi voluntad, el favor ó la recomendación."

Ingresó entonces, también por oposición, en el cuerpo de Abogados del Estado, desempeñando este cargo en Guipúzcoa, Guadalajara y Huesca, hasta 1878, *en que por su honradísima independencia y carácter refractario á imposiciones políticas,*— frases de su íntimo D. Marcelino Gambón - se separó del Cuerpo, trasladándose á Madrid para ejercer la Abogacía. Ya en la Corte, fué nombrado por unanimidad profesor del Ateneo de Madrid y también vocal de la Comisión de Legislación Extranjera. En 1889, actuando como Juez en oposiciones á la cátedra de Derecho Natural de la Universidad de Sevilla, no pudiendo transigir con una injusticia, en el acto de la adjudicación, protestó enérgicamente ante los demás vocales y público que ocupaba el salón, abandonándolo con renuncia de su cargo y con aplauso de cuantos conocieron su actitud y de la prensa periódica madrileña.

Número uno en oposiciones á Notarías, fué Notario primero en Jaén y luego en Madrid, hasta 1894, y durante todo este tiempo y simultaneándolo con tan continua acrisolación de suficiencia, desarrolló las Ponencias de los Congresos Jurídicos de Zaragoza en 1880, de Madrid en 1887 y de Barcelona en 1888, imprimiéndose todas ellas. Fué Académico de la Real de la Historia en 1880, como premio á su monumental y benedictina obra «La poesía popular española, y Mitología y Literatura Celto hispanas» trabajo histórico folklórico, capaz de desquiciar al más sólido intelecto. Fué académico Profesor de la de Legislación y Jurisprudencia desde 1887 y de la de Ciencias Morales y Políticas en 1895. Fundó, dirigió y redactó la Revista de Geografía Comercial los años 1885-86 y 87. Fué redactor, desde 1879 á 1897, de la Revista de Legis-

lación y Jurisprudencia: en 1895 y 96 de la Crítica de Historia y Literatura. Colaboró incesantemente en los Boletines de la Universidad Central y de la Sociedad Geográfica Española y en las Revistas España, Europea, España Regional, El Campo, Impuesto de Derechos Reales, Andalucía, La Controversia, La Campana de Huesca, La Administración, La Ilustración Española y Americana, y en tantas otras en que alternaba con la más intermitente pero nó discontinua de los Diarios Españoles y Americanos. Y á la par que todo esto, es propagandista incansable, aragonés por antonomasia, de la política hidráulica que concibió y desarrolló como ningún gobernante lo había hecho, ni la ha implantado hasta hoy, acusándolos, azotándolos y flagelándolos en aquellas inolvidables campañas de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, hija predilecta de su patriotismo chico, en los Congresos Agrícolas de Madrid y Zaragoza, en Ribagorza, donde fundó la Liga de Contribuyentes más fecunda que ha tenido España, en Barbastro, que dió el conmovedor espectáculo de su segundo Mitin hidráulico, celebrado ante pueblos portadores de estandartes pregoneros de los lemas «Unión de todos en el campo neutral de la Cámara; el hambre no es republicana ni monárquica». «El labrador de hoy pasa peor vida que el siervo de la gleba. No conoce de la civilización más que sus cargas y corrupciones. El Estado no llega á él sino en figura de recaudador, de sargento y de candidato para tomarle su hacienda, sus hijos y la paz». «Política hidráulica: 150 millones de pesetas para canales y pantanos de riego, que es menos de lo que se gasta en escuadra de guerra, que no sirve para la guerra». «La patria nos cuesta á los españoles más de lo que vale; para que estemos satisfechos de haber nacido en ella, es preciso abaratar sus servicios: justicia, registros, policía, instrucción, trasportes, obras públicas, marina, diplomacia, etc.,

etc.; y juntamente, mejorar la calidad de ella». «Compadézcanse del país, señores senadores y diputados; miren hacia fuera, no hacia sí propios y sean manos sin lengua. El remedio á nuestros males ha de entrarnos por la boca y no por los oídos.» Lemas, todos ellos, expuestos por Costa en el primer mitin, y con cuya ostentación le rendían hermoso tributo de cariño sus paisanos.

Y aún sobróle tiempo para la difusión científica, económica, administrativa y colonista de que dan idea sus discursos y ponencias, en el Círculo de la Unión Mercantil de Madrid en 1882, conferencia colonial; en el Congreso Geográfico de Madrid en 1883; en el Pedagógico de 1884; en los cinco mitines de 1881 á 1885 sobre reforma de los Aranceles de Aduanas: sus conferencias sobre la abolición de la esclavitud en 1882 á 1885, de las que dijo Gualberto Gomez, cubano de color, "*que eran el pronóstico de la gran catástrofe que los negros preparaban, resueltos, en contra de la maldita ley de 1880, á que quedara reducida á los perros la vergüenza de lamer la mano que los azota*": sus discursos sobre política de España en Marruecos, conferencias geográfico-coloniales en el Ateneo de Madrid en 1884 y 1885, admirable videncia de los acontecimientos que habían de sorprendernos al cabo de veinte y cinco años. Sus estudios sobre las colonias portuguesas, poemas del Cid, historia aragonesa, Viriato y su representación histórica, y más y más en número enorme en doctrina incompendiable, en esfuerzo insólito que no rindió á Costa y rinde al recopilador mucho antes de haber satisfecho el anhelo de su lectura, y cuando apenas si ha esbozado la figura del escritor que con justicia alcanzó el título de polígrafo.

Leed la cubierta de algunas de sus obras y allí encontrareis el índice de su producción escrita ¡sesenta libros! pero esto dice muy poco. Para hablar de Costa escritor,

hay que hacer lo que dijo Menéndez Pelayo: «estudiarlo como si se tratara de un escritor antiguo; leer, uno á uno, sus libros, cronológicamente; y aún así yo no podría estudiar en conjunto toda la labor de Costa, hay en ella mucho que no está dentro de mi campo». Si esto dijo Menéndez Pelayo, estamos recusados los demás por manifiesta incompetencia.

Fernández de Velazco nos presenta á Costa—Agrario—diciendo que es donde se destaca su obra gigantesca.—No recordamos, dice, labor más intensa que la suya: su aspecto agrario sería bastante para inmortalizarle. Desde «Ideas apuntadas en la Exposición Universal de París», desde 1868 acá, ¡qué producción más formidable! no hay tiempo material para leerlo; cuanto más para escribirlo.—Colectivismo Agrario en España.—Agricultura Armónica.—El Suelo de la patria y la redención del agricultor.—Misión social de los riegos en España.—Solaces de política hidráulica.—Programa Agrario.—La pequeña política hidráulica: agua de riego para el pueblo.—Proyecto de ley para la formación de un plan general de pantanos y canales de riego.—Programa electoral de la Cámara Agrícola del Alto Aragón.—Agricultores, á europeizarse.—¿Viñas ó cereales?—El arbolado y el hombre; repoblación forestal y fiesta del arbol.—Efectos de la despoblación forestal en el Alto Aragón.—Condiciones económicas del cultivo del arbolado, almendro, naranjo, encina, etc.—Crédito Agrícola.—El pueblo y la propiedad territorial.—Ideas revolucionarias de antiguos gubernamentales.—Cuestión social agraria con criterio experimental y oportunista.—El problema de las tierras: Tierras concejiles para el pueblo en Inglaterra, Suiza y Aragón.—La miseria; como fuente de servidumbre y de delito según la Biblia.—Concurrencia de jornal con cultivo propio.—La Agricultura y el Librecambio.—Un cura ingeniero: Mosen

Acequias. — Agricultura desértica. — Sahara español. — Y sus campañas y sus discursos, que no tienen cuento.

Pues bien: dígase otro tanto de Costa juriconsulto, y no menos de Costa sociólogo, é igual de Costa político, y lo mismo de Costa literato, y de Costa lingüista, y de Costa historiador, y de Costa colonista, y aun no habremos recorrido por completo la enorme trayectoria de Costa polígrafo.

COSTA CIUDADANO

La biografía de Costa ciudadano, idólatra de Patria en cuyos altares solo á la Justicia rindió culto, es simplísimas: ninguna habrá de más fácil epítome: Costa fué la Ética hecha carne. Vais á verlo en cortos trazos.

Nació en cuna modesta, en la ciudad de Monzon, provincia de Huesca, el 14 de Septiembre de 1846. Su padre, ribagorzano; su madre, gradense; su sangre, fué batida en las fragosidades pirenaicas; su cuerpo, fué forjado en las inclemencias somontanas: hijo del Ebro, aspiró en los efluvios de este Río la esencia de las razas vasca, aragonesa y catalana, y estos hálitos formaron su espíritu, del que por doquiera emanó siempre amor infinito á las gloriosas tradiciones, anhelo perdurable de progresos, constancia inquebrantable en sus empresas. Sublime trinidad de aspectos: la España grande, que fué; la España civilizada que anheló; el férreo esfuerzo necesario para llegar de aquella á esta. Este ha sido Costa: pero ¿en que ambiente, señores? Escuchadlo en palabras de más autoridad.

«La hipocresía general que nos acobarda á tantos, á él no lo obliga; el temor que á tantos nos invade, á él no lo calla; con fé en la grandeza de su obra, con obediencia ciega á la obligación humana.—Debe decirse la verdad,—Costa la ha dicho siempre».

«Cuando ciertos espíritus conservadores, con sentido verdaderamente jacobino, han pretendido suprimir las tradiciones, borrar la costumbre — como fuente de derecho en España — Costa, el campeón más elocuente y convencido, uniendo las obras á las palabras, dió á conocer el derecho consuetudinario del Alto Aragón, antes solo sabido de los que lo viven, reivindicando la grandeza de su pasado» (Gumersindo de Azcárate).

«Ante la complejidad del hecho sociológico, cuando se imponen novedades que deben calificarse de crimen ó de demencia, el primer deber del político y aún del propagandista, es el respecto casi idolátrico á la sociedad en que no se han eclipsado sus antiguos ideales y podrido completamente sus raíces, es el sentido moderado, prudente y evolutivo que inspira á los modernos sociólogos, Morell, Spencer, Robesty y que declara el eminente Costa en su Teoría del hecho jurídico, individual y social» (Francisco Silvela).

«¡En que momento apareció la noble figura de este hombre titánico que se llamó Joaquín Costa! Cuando todo se relajaba; cuando las tallas de los hombres se empequeñecían y achicaron porque les batió en las cabezas el huracán deshecho de la Historia, cuando el ave proterva que marca el augurio de la vida de los pueblos, vino á anidar en los roñosos techos de la solariega española, cuando el ambiente estaba aterido, y los lares sin fuego, y los cerebros sin savia, entonces tronó la voz del que venía á clamar, aun á trueque de clamar en desierto». (El Mundo — 8 de Febrero de 1911).

«Y en el momento histórico subsiguiente á nuestras catástrofes coloniales que habían dejado al país en mortal letargo, en ese momento que, como el de Farsalia para César, ó el de Actium para Octavio, ha sido el Guante de Conradino para las Vísperas Sicilianas, ó el Juego de

Pelota para la Revolución Francesa, en ese momento, Costa, que laboraba infatigablemente desde sus años mozos, consagrado sin descanso á los más profundos y diversos estudios, surge á la vida pública en España, que no solo debió haberlo llevado á un lugar prelacial, sino que hubiera podido cambiar la ruta de la Nación. España se negó. Por ello Costa, en sus últimos años, fué para muchos, casi para todos, un remordimiento vivo. (El Liberal: 9 de Febrero de 1911).

«Joaquín Costa es quien más hondo ha buceado en la crisis presente de la raza española; quien mejor supo abrir ante nuestros ojos atónitos el hondo abismo de la negra caída. Por ello; por haber pintado con trazos dantescos la imagen de nuestro pueblo fulminado por el rayo, subvertido por un terremoto, arrebatado por un remolino, hundido en las aguas de un nuevo Guadalete, por haber sacudido más rudamente que nadie nuestra conformidad musulmana, por sus gritos de combate, por sus arengas de fuego, por apostol luminoso de la renovación, los que le temían eran muchos más que los que le admiraban». (Miguel Moya).

Afirmó Cánovas del Castillo que las dos inteligencias más sólidamente cultivadas de España eran Costa y Sánchez de Tosca: acaso por ello han sido rebeldes contumaces á las doctrinas políticas de nuestros gubernamentales.

Acaso por su licurguismo, pudo decir el propio Costa: «He tenido, desgraciadamente, por razón de oficio, que entrar mucho en tribunales y oficinas: no diré que por virtud; por genialidad ó por carácter, he marchado siempre solo, sin la recomendación del cacique, y puedo decir que no se me ha dado una sola vez la razón, que no se me ha cumplido una sola vez el derecho, sea en Ministerios sea en Diputaciones, ora en Audiencias de lo Criminal ó

Territoriales, ora en Juzgados de Instrucción ó de Primera Instancia, como el cacique tuviese interés contrario, ó lo tuviese alguno de sus instrumentos ó protegidos, que ha sido casi siempre.

Acaso por su santo civismo, no fué diputado á Cortes cuando debió serlo,—cuando su eminencia marcó silueta culminante en la orografía del patriotismo —como dijo Maura;—cuando pudo ser el más grande parlamentario y con su elocuencia soberana habría despertado la dormida energía de la raza,—como dijo el Conde de Romanones.

Acaso su puritana política lo derrotara en Barbastro en las elecciones de 1896 y 1899 y tal vez, estas derrotas engendraran su repugnancia á comulgar en la política cortesana cuando en 1903 fué elegido conjuntamente por Gerona, por Zaragoza y por Madrid y se negó á desempeñar la diputación.

En interesante conferencia celebrada en Zaragoza á la memoria de Costa el 11 del pasado Febrero, su íntimo amigo y discípulo D. Manuel Bescós, afirmó leyendo cartas inéditas cruzadas entre Costa y el Cardenal Cascajares, que, consultado este por Doña María Cristina, Regente á la sazón, sobre asuntos políticos, contestole el Cardenal que solo había un hombre que podía salvar á la patria, y que este hombre era D. Joaquín Costa. Añade Bescós que la Reina entonces ofreció el poder á Costa, imponiéndole la colaboración de Gamazo y que ignora la respuesta que dió aquél. Para mí, la tengo por segura, como para todos los que hayan leído su Política Quirúrgica. La que no es tan fácil de presumir es la excusa con que le replicaran, que continúa inédita y que ciertamente será cuando se conozca dato filosófico para la Historia de la España contemporánea.

En fin, y para remate de este aspecto: Costa nunca fué condecorado; no poseyó ni una cruz, ni una enmienda; ni

siquiera le concedieron honores oficiales de clase alguna: ignoro si se los ofrecieron y él los rechazó; lo que si sé es que no pasó de simple ciudadano, pero que en esta categoría alcanzó la magnitud de *prototipo de ciudadanos*.

COSTA ORADOR

Oid á Cristóbal de Castro.—Costa tribuno. La noche triste.—La oratoria de Costa fué de una hermosa estirpe clásica. Recia, majestuosa y varonil. Tenía su figura todas las cualidades que asigna Quintiliano al orador tipo: buen talante, cabeza venerable, erguida, modales vehementísimos y voz recia y sonora, de profeta.

Viéndole arrebatado é iracundo, roja la faz y luminosa la mirada, alzar entrambas manos temblorosas ante el pueblo atónito; oyendo aquella voz tonante, crepitante como la de un profeta bíblico, sollozar ó rugir ante la patria en ruinas, la emoción del oyente evocaba perfiles griegos ó romanos, días de Convención Francesa, las cúspides más altas de la oratoria

No fué el verbo de Costa populachero ni dogmático, no toleraba en sus grandiosos desbordamientos cauces de Parlamento ó de Academia: fué la palabra del tribuno el apóstrofe ó el sollozo humano; la vibración genial de un alma, que como la de Esquines ó Cicerón, como la de los Gracos ó la de San Pablo, como la de Mirabeau ó la de Barnave, sentía todos los dolores y albergaba todas las cóleras de la patria.....

Vimos, erguida y arrogante, la genial cabeza: los ojos volteábanse como los de un león; las recias manos se cerraban en dos puños potentes, de gladiador ó atleta, y de aquel manantial viril, de aquella poderosa y firme figura, salió una voz quebrada por la ira: «Ciudadanos»

pausa, «Ciudadanos». Así fué la salutación del Pritáneo y de la Agora; del Foro y de la Convención. ¡Ciudadanos! Así nos quiso él, poseedores de la ciudad y del derecho, fiscales de traiciones y de injusticias, centinelas de la cultura y de la patria.

A la salida de aquel mitin memorable, el pueblo llevó en triunfo á Costa. Rodeándole fuimos en el coche entre aclamaciones frenéticas y aplausos que retemblaban en las calles, hasta llegar á aquel paseo de Atocha, donde, desde un balcón, saludó por postrera vez al pueblo.

Era una noche clara y tibia, con suavidad de primavera y luna clara de poema ó madrigal. Negro estaba el paseo de multitud; blanco por la blancura de hostia de la Luna. Los grupos tenían los sombreros en la mano, descubiertos como en recogimiento de misa. Costa salió al balcon. Hubo un silencio memorable: sintióse el jadear de un tren, y la voz del tribuno, sollozante de cólera y dolor, cayó como óleo santo sobre el pueblo.

Aquella inolvidable arenga restallaba con sus chasquidos de fuerte látigo, pidiendo un ejemplar castigo para los delincuentes de la *debacle*. Costa evocó las colonias; sus fertiles riquezas y nuestro despojo, los días de la repatriación de los soldados y la hora de dolor y de ignominia en que se arrió nuestra bandera.

Cuando acabó, ninguno tuvo fuerzas para aplaudir. Tal era la emoción y tan profunda; tan amargo el dolor y tan vergonzante la ira.

Aquella fué la «noche triste». Y esta noche de hoy, esta noche que nos sorprende huérfanos del maestro y de su sombra, será no más que aquel «remember»; no más que evocación de aquella luna bella y fría, de aquel pueblo callado y vergonzante, de aquel hombre que, todo alma, se consumió de amor entre una multitud cobarde y una luna tan fría como el Misterio.....»

Después de esta rapsodia inimitable de Cristóbal de Castro, seguir hablando de Costa orador, pudiera parecer osadía compañera de ignorancia: nó; creed, en verdad, que es el éxtasis de la oración, que me sujeta á proseguirla: ¡ojalá nunca me cansara de alabarlo!

Solo por ello y por su culto, me atrevo yo á añadir que fué Costa orador tan neoclásico, que no necesitó pintar, bastábale colocar delante de la realidad la tersura de su entendimiento y de su palabra, para copiarla con la neutralidad despiadada de un espejo. Así lo dijo Maura. Y á pesar de su clasicismo, encerraba tan ricos colores la paleta de su fantasía que pudo producir el siguiente cuadro. «Representaos la nación española como un inmenso gigantesco cuerpo tendido entre el Pirene y Calpe, entre el Oceano y el Mediterráneo; analizado con el escalpelo de la razón, haced la autopsia de ese organismo vastísimo; mirad como sus facultades y potencias están distribuidas por él al modo de funciones fisiológicas en el cuerpo humano;—el corazón, el sentimiento, el ansia de lo quimérico y de lo imposible, el instinto de la idealidad, la fantasía artística, en Andalucía;—el sentido moral, la hidalguía en los propósitos, la hombría de bien, en Castilla;—el genio mercantil, el espíritu aventurero y emprendedor, el culto del trabajo, el órgano por excelencia de la producción económica, en Cataluña;—la fé inconsciente en lo sobrenatural, el apego á la tradición, la nostalgia de lo pasado, en las provincias éuskaras;—el culto á la justicia, el recto sentido de la realidad, la tenacidad en los propósitos, la prudencia y el arte en el obrar, el tacto de la vida, en Aragón.

Y orador, en fin, cuya palabra así pintaba, era orador tan sencillo como sencillo fué el comentario de su paisano oyente. «Ridiez, habla fino, pero lo entiendo».

Ya teneis esbozada la figura de Costa, sabio, ciudadano

y orador. Queda mucho por decir del hombre: Del hombre; que siendo tan superhombre, era á la vez vaso espiritual de sentimentalismo tan purísimo, que en una ocasión fué sorprendido sollozando, acongojado por el relato de las matanzas de Saida, que leía en un diario. Del hombre, que siendo tan superhombre, solo quiso igualarse á los humildes y como humilde vivió toda su vida. Del hombre que pudo conquistar poderes y riquezas y solo tuvo en sus últimos años un retiro en Graus para habitar y dos pesetas diarias para comer. Del hombre, en fin, al que acaso la Historia en un mañana no remoto, lo tenga por Profeta y nó por hombre. Dejemos paso á la Historia.

Para terminar, quiero deciros, que si es cierto el proverbio salomónico que los latinos expresaron *Nihil novum sub sofe*, fuerza será buscar la progenie humana de Costa galopando á través de los siglos y edades pretéritas hasta encontrarnos en Atenas con un Jenofonte que cantara, nó la clásica retirada de aquellos diez mil, sino la inaudita y macabra de estos cien mil: con un Solon que, tan pobre y valiente como este, acusara de cobardes á sus compatriotas, propicio á sufrir la muerte, más sin lograr como aquel la reconquista de la isla perdida: con un Licurgo de esta desdichada Lacedemonia sin encontrar como aquel quien guardara el juramento de cumplir las leyes: con un Samson que, con fuerzas bastante para destruir los templos de nuestros concupiscentes, no logró jamás alcanzar á los Filisteos de esta Siria moribunda: con un Homero, en fin, que, anhelando y pudiendo cantar una nueva Iliada y una Odisea de grandezas, solo encontró «despojos» por no decirlo más gráficamente, para escribir una ridícula y sangrienta Batracomiomaquia.

Leadlo, y os convencereis de ello.

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6101991236

